

CAPÍTULO 4
RIE COMO MIEMBRO DE SAK TZEVUL
RIE WATANABE

De donde vengo

Nací y pasé los primeros siete años de mi vida en la ciudad de Yamaguchi que significa “boca de las montañas”. Yamaguchi es una ciudad vecina de Hiroshima y se localiza en el suroeste de Japón. En mi ciudad natal hay mucha vegetación y grandes montañas como las de Zinacantán, por eso creo que el olor de este pueblo me recuerda mucho de mi niñez.

Empecé a tocar el violín a los cuatro años de edad, impulsada por mis papás quienes eran y son aficionados a la música. A los cinco años, me eligieron para entregarle un ramo de flores a la famosa violinista Yuriko Kuronuma quien ofreció un concierto en la ciudad de Yamaguchi.

Mi inspiración

La maestra Yuriko ha sido un ejemplo e inspiración para mí, porque ella, junto con su finado esposo quien era antropólogo, trabajó en la sierra Huasteca, en Huejutla. Allí, la maestra Yuriko enseñó a los niños indígenas a tocar el violín. Su libro que publicó en japonés, sobre su experiencia de vivir en esa comunidad, fue mi inspiración para toda mi vida.

La música como lenguaje universal

En 1986, participé en los conciertos de amistad México-Japón, organizados por la maestra Yuriko y realizados en varias ciudades japonesas. Aunque no hablaba nada de español, conviví con los 12 niños mexicanos y compartí un momento inolvidable, gracias a que la música es un lenguaje universal. La convivencia fue un choque cultural muy fuerte, porque aunque técnicamente yo tocaba mucho mejor que los niños mexicanos, ellos estaban gozando la música de una manera que en Japón es imposible y hasta prohibido, porque lo más importante para los japoneses es estudiar y tocar correctamente las notas. Fue entonces, cuando decidí venir a México y descubrir el secreto del gozo mexicano por la música.

Arribo a México

Vine a México a los diecisiete años a estudiar el violín con la maestra Yuriko y también con el maestro Manuel Suárez quien enseñaba en la Escuela Nacional de Música de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Después, me fui a especializar a Nueva York, Illinois, Ohio (en Estados Unidos) y regresé a Japón. En 2001, decidí venir otra

vez a México para trabajar como maestra de violín en la Academia Yuriko Kuronuma ubicada en Coyoacán, en el Distrito Federal. Ese trabajo me sirvió para adquirir experiencia docente. Sin embargo, no estaba logrando mi objetivo de usar la música como un medio de transformación social, cultural y política.

¿Por qué Chiapas?

Mi ex-esposo, el historiador Francis Peddie, me dijo que los inmigrantes japoneses que vivieron hace más de cien años en Chiapas construyeron varias escuelas e iglesias en los pueblos de la región del Soconusco. Fue la primera vez que me sentí orgullosa de ser japonesa, pues hasta antes de conocer esa historia, siempre había sentido vergüenza por la tradición invasora japonesa en los países asiáticos.

Al punto de perder la vista

Dos años antes de venir a radicar en Chiapas, estaba ya muy cansada de vivir con tantas reglas y presión como se vive en las sociedades donde hay mucho avance tecnológico y poca humanidad. Hasta antes de Chiapas, nunca dudé en tener un trabajo fijo para mantenerme como músico y como miembro de la sociedad consumista. Usé la música para obtener un ingreso económico, pero sentía muy vacío mi corazón y fue hasta que me enfermé seriamente, casi al punto de perder la vista, que empecé a dudar de la música que había estudiado y tocaba. Me pregunté a mí misma: "¿Por qué entrar en tanta competencia innecesaria para mostrarle al mundo que soy mejor que otros?" "¿Por qué entrar en tanta competencia innecesaria para mantener un *status quo*?"

Música verdadera

En la oscuridad de mi ceguera temporal, recordé la música verdadera que escuché siete años atrás en el pueblo de Zinacantán; ella me conmovió y me dio ánimo para vivir. En aquel entonces, escribí un artículo en el periódico japonés de Tokushima. Todavía recuerdo la parte que decía:

... Oigo una canción triste que toca un violín a lo lejos. Como niño que sigue al flautista de Hamelín, me siento atraída a la iglesia localizada al otro lado de la placita. De allí emerge la melodía. Al entrar a la modesta capilla, paso estatuas de María y de Jesús vestidas a la usanza de los indígenas, rodeadas por ángeles hechos de arcilla. La música que oigo viene de la sala de a lado, donde se está celebrando un evento: el levantamiento de un árbol de navidad, acompañado de una melodía sencilla tocada por un violín, una guitarra y una pequeña arpa. Un grupo de gente vestida con traje tradicional resalta en la escena. Algunas lágrimas brotan de mis ojos y soy presa de una emoción inexplicable, algo parecido a la melancolía o incluso al duelo. He conocido distintas tradiciones navideñas durante los años que he vivido en México, pero para mí, en lo personal, esta ceremonia tan triste y discreta en el pueblo maya de Zinacantán sigue siendo la más significativa...

... Vuelvo a la ciudad de México, al tiempo que la Navidad llega. En las calles, las luces y los adornos alegran las tiendas, las casas y la gente trajina de un lado para otro comprando

regalos. Cierro los ojos y me acuerdo del modesto árbol navideño sin luces de Zinacantán. Recuerdo a la gente de esa pequeña iglesia humilde y una vez más veo la luz que brillaba sutil y triste en sus ojos radiantes... (28 de diciembre de 2005, Periódico Tokushima, Japón).

En aquel año del 2005 nadie hubiera imaginado que me iba a quedar a vivir en ese pueblo maya con mi esposo zinacanteco, Damián Martínez, director del grupo Sak Tzevul.

El destino

Fue el Día del Padre en el año 2007, cuando conocí a Damián. Mis amigos músicos y yo fuimos a Zinacantán a turistar, cuando terminamos de dar cursos y de tocar en los conciertos ofrecidos en las ciudades de Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de Las Casas. A la salida de la iglesia, nos encontramos a los músicos tradicionales y ellos nos invitaron a participar en su ceremonia. La magia de su música y del *pox* nos llevó a tocar la puerta de la casa de don Pancho Martínez quien ahora es mi suegro, para pedir prestado su baño. Fue entonces, cuando empezamos a hablar con don Pancho y su familia de las similitudes entre las costumbres japonesas y zinacantecas. Por ejemplo, en ambas sociedades saludamos inclinando la cabeza como forma de respeto a los mayores. En épocas antiguas, las casas japonesas tenían un solo cuarto para toda la familia con el fogón al centro; también, en algunas partes de Japón, se siguen practicando rituales para dar gracias a la Madre Tierra.

Ese mismo día por la noche, ya en la ciudad de San Cristóbal, oímos la música de Damián y tocamos juntos. Entonces tuve la misma sensación que cuando escuché la música tradicional de su pueblo: una mezcla de tristeza, melancolía, dolor y fuerza para vivir. Damián y yo hablamos toda

la noche sobre nuestros proyectos comunes y desde entonces me quedé a vivir en Zinacantán.

La música del grupo Sak Tzevul

La música de Damián y la música del grupo Sak Tzevul, para mí, tienen el corazón de los pueblos mayas, el corazón de los pueblos originarios y el corazón de todo el universo. Ser parte de Sak Tzevul y tocar su música, es compartir mi emoción con la gente, es dar nuestra sangre a la gente que amamos y estar orgullosos de ser como somos. Ser músicos verdaderos es nuestra misión, así como mostrar al mundo que todo es posible cuando hay amor verdadero.

De la música clásica a la tradicional vía el rock

Me costó mucho trabajo adoptar la mentalidad y el sentido de la vida y del tiempo de aquí, es decir, de Zinacantán, de San Cristóbal, de la ciudad de México, porque siempre he vivido sometida a mucha competencia y con la mentalidad de *Time is money* ("El tiempo es dinero"). Cuando tocaba en las orquestas, cada nota tenía el sonido de la moneda y podía ver a los músicos contando cada segundo y cobrando extra cada minuto que se pasaba de su horario comprometido.

Cuando tocaba música clásica, me daba mucho miedo equivocarme y ya no podía disfrutar la música, por enfocarme demasiado en tocar correctamente las notas. Me sentía también como una actriz de teatro que tenía que fingir a pesar de tener mucho dolor y conflictos a resolver.

Cuando fui estudiante en la escuela Julliard, localizada en la ciudad de Nueva York, estaba casi al punto de dejar el violín, porque ya no podía encontrar la razón para tocar esas notas vacías; sentía que existía una gran distancia entre la música compuesta para las élites y el lenguaje

musical de la gente común y corriente de hoy. Por eso, cuando ingresé, en 2007, al grupo Sak Tzevul, sentí que por fin encontré lo que buscaba. La música de Sak Tzevul, para mí, es como un grito de nuestro ser que nos cuestiona y enfrenta con los problemas de la sociedad en la que vivimos actualmente.

En búsqueda de la cosmovisión maya en nuestra música

Aunque desde el principio me gustó la música de Sak Tzevul, al momento de tocar con el grupo, fue difícil integrarme, ya que mi entrenamiento como solista me obligaba a lucir mi virtuosismo. Por ello, en los primeros conciertos con Sak Tzevul, toqué muchas notas para hacerme sobresalir.

Después del concierto, en la cúspide de la pirámide del sol en Teotihuacán, Damián me explicó que para tocar la música tradicional de Zinacantán es importante entender la cosmovisión maya en la cual se nos enseña que somos parte del universo y debemos vivir en armonía con la naturaleza. Yo le respondí a Damián que no podría lograrlo, ya que implicaba tocar solo dos o tres notas repetidamente durante toda la canción. Le dije: “Mejor toco nada más mi parte como solista y descanso en el resto de la canción”. Después de una larga discusión, por fin logré dejar atrás mi ego y ser parte de la naturaleza, siguiendo la filosofía zen de la música tradicional zinacanteca. En el siguiente concierto, mi contribución fue tocar unos dos acordes y buscar la armonía con el resto del grupo.

Más allá de la música clásica

No estoy negando la importancia de la música clásica, ni la relevancia de tener disciplina y aprender la técnica; por el contrario, el tener una técnica nos facilita adquirir un medio para expresar nuestros sentimientos a través de la música. Gracias a mis años de estudio, ahora siento que me toca compartir mi método con los pueblos indígenas y aprender de ellos.

Sak Tzevul como una escuela

Sak Tzevul no sólo es un grupo de *rock*, sino es un movimiento que lucha por la libertad, la dignidad y la igualdad de todos. Queremos que Sak Tzevul sirva como escuela de música para los habitantes de las comunidades indígenas. La puerta de esta escuela estará abierta para todos los que quieran aprender de otros y respetar a otros. Por ello, la escuela estará abierta a todo tipo de música: tradicional, popular y clásica. Así podremos tener una visión amplia para darle a los músicos el medio para que puedan expresar lo que quieran.

En la escuela Sak Tzevul, todos vamos a ser maestros y alumnos, como reza la filosofía japonesa en donde *sensei*, es decir, el maestro, es sólo aquel que va más adelante. En la escuela Sak Tzevul, también vamos a respetarnos los unos a los otros, vamos a respetar la diferencia entre las generaciones, las culturas y las lenguas. La escuela será un nido desde donde podremos emprender, todos juntos, los vuelos hasta lo más alto posible sin perder nuestras raíces.